



Introducción

Recuerdos de Trujillo

Me nacieron en Plasencia. Debía de tener un año cuando llegué a Trujillo en brazos de mi madre. La vivienda y el negocio familiar estaban en el número veintisiete de la calle de la Merced, muy cerca del convento del mismo nombre en el que fue comendador fray Gabriel Téllez, Tirso de Molina.

Algunos momentos de mi infancia son recuerdos de un patio en el que se tendía la ropa que se lavaba en dos grandes pilones y un pozo del que se sacaba el agua. Sobre su brocal de granito, tapado por una vieja puerta de madera, saltábamos los hermanos. Aún no consigo explicarme cómo ninguno fuimos a parar dentro.

Había también una leñera y un pequeño corral con gallinas en el que Nicanor, mi «hermano mayor», me enseñó a palparlas para saber si habían puesto, y donde Segunda, su madre, la segunda mía, nos contaba cuentos. También conservo recuerdos de «matanzas familiares» en aquel patio, con música amenizada por el maestro Flores.

Otros recuerdos me sitúan en el «paseíno» de la plaza del Campillo. Allí jugábamos y corríamos entre árboles y palmeras y alrededor del pilón; a veces incluso dentro. En ese entrañable paseo aprendimos muchos niños a montar en bici con las que alquilábamos a Toñi Cisneros.

Llegaron los años de colegio y allá que me iba tal y como hacíamos entonces todos los niños: primero solo y más tarde con mi hermana Merche. Por el camino me juntaba con otros niños, también solos. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

En la calle de Tintoreros hacía mi primera parada en la que entonces era conocida, si mal no recuerdo, como «Casa del Horno». Cuando no había nadie en el zaguán, me adentraba hasta alcanzar a ver el horno en el que cocían el pan y asaban ricas viandas. Luego, me viesan o no, corría como un condenado hasta la salida, cabás en mano, para continuar mi camino.

La siguiente parada era el atrio del Palacio de los Barrantes-Cervantes, en la plazuela de San Miguel, frente a la iglesia y convento de las Dominicas. Allí estaba la librería-papelería de Sobrinos de Benito Peña que regentaba el Sr. Corrales. Recuerdo a su hijo Paco como uno de mis primeros amigos, junto con José Antonio Hueso, Antonio García y alguno más de los que recuerdo su cara, pero no su nombre. ¡Cosas de la edad y del tiempo transcurrido!

Sentado en el poyete de aquel pequeño atrio, esperaba la llegada de algún compañero. Luego, solo o acompañado,

subía por las calles de Sofraga y Sillerías para terminar adentrándome en la Plaza Mayor. Pasaron muchos años hasta que fui consciente de la majestuosidad y belleza de aquella incomparable plaza.

El paso de los años podría haber dejado en el olvido este recorrido, de no haber sido por la música que siempre lo acompañaba: el incesante «crotoreo» de las cigüeñas.

Según iba acercándome podía escuchar, cada vez con mayor intensidad, los castañeteos producidos por el pico naranja de aquellas espectaculares aves de cuerpo blanco y alas blancas y negras.

Me quedaba embobado observando sus movimientos en la torre de la iglesia de San Martín y en las chimeneas de los palacios y torres adyacentes. Era todo un espectáculo verlas emprender el vuelo y regresar llevando en sus picos alimento para los cigojinos o ramas para construir o agrandar sus espectaculares nidos.

Seguía mi camino y pasaba delante del palacio del Marqués de la Conquista, con su espléndido balcón esquinado y el escudo de armas de Carlos V. Luego cruzaba, con miedo, el «cañón de la cárcel». Me paraba un instante para agacharme a mirar a través de sus oscuras ventanas, a ras del suelo para, finalmente, correr hasta al colegio del Sagrado Corazón, en la calle de la Cuesta, luego plazuela de don Juan Tena, como homenaje a tan ilustre trujillano. Allí me esperaba la Hermana Ana María, mi primera instructora, de quien conservo muy gratos recuerdos.

Me resulta difícil, por no decir imposible, recordar los nombres de aquellos compañeros, primero de banco, más tarde de pupitre, pero conservo en mi cabeza las imágenes de muchos de ellos. Recuerdo a Diego Cáceres, con el que solía ir a la Plaza Mayor a ver los títeres de Maese Villarejo y a Matías Barbado, compañero de tropelías y del primer castigo, por mal comportamiento con nuestro «indebido cántico», en los ensayos de la Primera Comunión. ¡Quizás él también lo recuerde!

Mi vida transcurría entre clases con pizarras, pizarrines y recreos en aquel patio con palmeras en el que intentábamos coger los peces de colores de su pequeño estanque, bajo la imagen de la Virgen en su pequeña gruta y la constante vigilancia de la hermana de turno.

Luego vinieron los juegos en la antigua calle de la Cuesta, aún sin coches. Subíamos a la carrera las escaleras de acceso al Palacio de los Orellana-Pizarro, sede del colegio, para luego deslizarnos por sus barandillas y, finalmente, volver a clase o a casa llenos de golpes y magulladuras.

Ya mayorcito, me tocó aprender a escribir con pluma, siempre bajo la tutela de la Hermana Ana María, para terminar llegando a casa con manos y babis llenos de tinta. Puedo verme con aquel enorme tintero de cristal rellenando los que teníamos encajados en el agujero en los pupitres. Y recuerdo la maniobra de hacer la tinta echando una enorme pastilla en el frasco de agua y agitarlo. ¿Me vendrá de ahí el deseo de escribir?

Uno de mis mejores recuerdos de aquellos años es la mágica noche de Reyes. Al acabar la cabalgata, que veíamos desde el balcón, los hermanos dormíamos soñando con los regalos que habríamos de ver por la mañana. De pronto entraba mi madre, encendía la luz y decía ¡mirad quién ha venido! Despertábamos, frotándonos los ojos, sin poder creer que allí estaban Sus Majestades de Oriente y nos entregaban nuestros regalos en mano. ¿Qué niño podría olvidarlo?

Todo aquello quedó demasiado pronto atrás, muy lejos en el tiempo, pero siempre cercano en el recuerdo.

Corrieron veloces los años y aquellas cigüeñas y su constante «crotoreo» me enseñaron a amar la naturaleza y la literatura. Culpable de ello fue, sin duda, el primer libro que pude comprar con mis ahorros. Un libro que el padre que nos impartía Lengua en el Colegio de San José de Villafranca de los Barros nos leía a diario en los últimos quince minutos de la clase y que me dejó enganchado para siempre: El maravilloso viaje de Nils Holgersson (a través de Suecia), de la Premio Nobel sueca Selma Lagerlöf.

Uno de sus personajes, el señor Emmerich, una cigüeña dueña y señora de los cielos por sus majestuosos vuelos, me cautivó. Seguramente por recordarme a las que veía a diario en Trujillo.

Con los primeros amigos de juventud —imposible enumerarlos a todos por los muchos que fueron—, empecé a patear mi pueblo. De esta época recuerdo con

especial cariño a Agustín, Titín, Jacinto y Pedro. Subíamos a la Villa y recorríamos sus calles y recovecos hasta llegar al Castillo. Conservo algunas fotos de aquellos días.

También recuerdo, con nostalgia, las marchas que nos marcábamos los cuatro en bici, bajo el sol del verano, hasta Madroñera. Al regreso nos deteníamos para refrescarnos bajo los chorros de agua de una máquina de riego por aspersión que había antes de subir aquella interminable cuesta.

Producto de esas exploraciones y de la lectura de los libros que tenía mi padre, gran enamorado de la historia de Trujillo, no me quedó sin conocer, creo yo, ninguno de sus rincones.

Pasaron algunos años más y llegaron los tiempos de las fiestas y verbenas, en Trujillo y en los pueblos cercanos. ¡Qué nostalgia de aquellos primeros bailes, casi siempre en compañía de Manolo Calleja, Zito Chanquet, Luis «el del Toro», entre otros! ¡Inolvidables!

¡Y qué decir de los sábados en la Adoración Nocturna de hombres, en San Martín! Al terminar abríamos, ya de madrugada, la churrería. De cómo acabábamos, a veces, mejor lo dejamos para otra ocasión.

Luego llegó la fundación del Club de tenis, con un grupo de forofos capitaneados por Manolo Mateos, y unos años más tarde, el Cine Club Turgalium, con amantes del Séptimo Arte. Imposible olvidar aquellos momentos.

Todos aquellos instantes permanecen, por momentos dormidos, por momentos despiertos, en un rincón de mi memoria. Solo tengo que volar en el tiempo para volver a atraparlos.

Amamos para siempre los lugares en los que nacemos y vivimos, pero siempre hay uno que pesa más en nuestros recuerdos. Uno de ellos se convirtió en mi favorito: la Alberca.

Para mí era —y lo sigue siendo— un lugar mágico. Sus verdes y oscuras aguas me atraían como un imán. Desde su brocal solíamos arrojar piedras a su interior para tratar de averiguar su profundidad. La respuesta era siempre un *¡plof!* que infundía miedo.

En una de mis últimas visitas a Trujillo, con mis pensamientos por única compañía, bajaba la Villa desde el cementerio de la Vera Cruz, después de visitar la tumba de mi madre. Según me acercaba a la Alberca empecé a sentir que mi corazón se aceleraba. Anhelaba fervientemente volver a encontrarme con ella y ver qué nuevos sentimientos, producto del recuerdo, afloraban a mi mente. ¡Hay que pasear por aquella plazuela, de día o de noche, para saberlo y saborearlo!

Caminaba despacio. Cuando estuve cerca pude ver a un hombre de avanzada edad y aspecto triste. Estaba solo, junto al brocal, y se apoyaba en un cayado que sujetaba, tembloroso, con una de sus manos. Permanecí largo rato observándole.

Empinándose sobre las puntas de sus cansados pies, contemplaba las aguas de aquel pozo, como si quisiera descubrir algo en ellas. Luego se sentó en el poyo lateral que había junto a la cancela, frente a la iglesia de San Andrés. Entonces sujetó el bastón con ambas manos y puso su cabeza sobre ellas. Nunca supe si meditaba, rezaba o, simplemente, intentaba mantener a flote sus recuerdos.

Finalmente, me acerqué y le saludé.

—¡Buenos días!

No respondió. Absorto en sus pensamientos, probablemente no me oyó.

Tras saludarle de nuevo, le pedí permiso para sentarme a su lado. Levantó la cabeza y con un gesto entre tierno y cansado, me invitó a hacerlo. Durante largo rato ninguno de los dos pronunció palabra. No sabiendo cómo romper el hielo, le ofrecí un cigarro. Aceptó y antes de que pudiera darle fuego, sacó del bolsillo de su chambra un viejo chisquero con el que ambos lo encendimos.

Hablamos durante mucho tiempo, tanto que a mí se me hizo corto. Me contó su historia: la de sus sueños de juventud, cuando quería, por encima de cualquier otra cosa, ser escritor.

Me dijo que vivía muy cerca de allí y que le gustaba caminar un rato, todos los días, por las calles de la Villa, para terminar su paseo en la Alberca y asomarse al brocal para contemplar sus aguas, antes verdes y oscuras, ahora

limpias y con peces de colores, siempre profundas. Poco a poco me abrió su corazón y la puerta de sus recuerdos.

No puedo ni debo transcribirlos tal y como me los contó, por respeto a su memoria, pero por el mismo respeto a sus sueños, que volaron inalcanzables, decidí que debía contarlos algún día. Ese día ha llegado.

Con su relato y mi mejor predisposición, dibujé esta historia con todo cariño. Mi único deseo ha sido rendirle un cariñoso homenaje. A él, a Trujillo, a sus gentes y a todos aquellos que, no importa de dónde fueren, un día soñaron con ser escritores.

Aquí os dejo su historia. Una pequeña parte cabalga despacio por la oscura senda de la realidad y otra mayor, se desboca por la amplia llanura de la ficción y los sueños rotos.

Espero que sea de vuestro agrado o, cuando menos, sirva de recuerdo y añoranza a todos los que habéis paseado, de niños o grandes, por las calles de Trujillo, entre sus gentes y también os habéis enamorado de la Alberca.

Nuestro personaje vivía en una pequeña casa, en pleno centro de la Villa, muy cerca de la Alberca.

Para ser más preciso, busqué información en Internet y en libros que conservaba de mi padre. Necesitaba saber más cosas de la Alberca. Esto es lo que encontré:

«Se trata de una poza de grandes proporciones y hermosa construcción y belleza. Sostienen historiadores